

**XAVIER VILLAURRUTIA**

# Dama de corazones



*La novela corta. Una biblioteca virtual*  
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN  
Novelas en Campo Abierto  
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN  
Gustavo Jiménez Aguirre  
y Gabriel M. Enríquez Hernández

*Dama de corazones*

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán  
C.P. 04510, México, D.F.  
Instituto de Investigaciones Filológicas  
Circuito Mario de la Cueva, s.n.  
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes  
República de Argentina 12, Col. Centro  
C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna  
Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 5257112102964299201



Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.  
Hecho en México.

# Índice

Hace tiempo  
que estoy despierto... 5



Hace tiempo que estoy despierto. No atrevo ningún movimiento. Temo abrir los sentidos a una vida casi olvidada, casi nueva para mí. Tengo abiertos los ojos, pero la oscuridad de la pieza se empaña en demostrarme que ello es completamente inútil; al contrario, cerrándolos, apretándolos, se encienden pequeñas lámparas vivas, regadas, húmedas, pequeñas estrías coloridas que me reviven las luces del puerto lejano, en la noche, a bordo.

Me cargo en el lecho hundiéndome temeroso y gustoso en los cojines, en las mantas, como deben hacerlo los enterrados vivos a quienes la vida les hace tanto daño que, a pesar de todo, no quieren volver a ella.

Pienso no pensar en la situación desconocida en que me hallaré al levantarme. Sin embargo, si tardo demasiado, encontraré a Madame Girard

6 y a mis primas arregladas ya, esperando mi saludo para entrar en seguida al interrogatorio de comedor, tan crecidas, tan inconocibles, como ya estará la mañana dorada y madura afuera.

¿Mme. Girard habrá dejado de pintarse el cabello? Aurora, Susana, apenas las recuerdo esfumadas en la infancia. ¿Cómo hacer para no equivocarme al nombrarlas? ¿De qué modo las debo tratar? ¿Tendrán buena memoria? Dios quiera que no. Yo, por mi parte, no lograría rehacer una escena de aquel tiempo... Susana tenía entonces las mejillas pecosas de una fruta, pero ¿y Aurora? La podría reconocer por la cicatriz que debe llevar en una pierna, de resultas de una caída. Creo que fue en la huerta. Aurora había subido a un manzano y me prometía un fruto; en vez de dejar caer la manzana se dejó caer ella, distraída.

No recuerdo más. Supongo que serán las nueve, cuando menos. El reloj lleva más de una hora de no sonar. ¡No vaya a tocar la media hora! ¿Debo levantarme? ¿Debo esperar a que

el criado que me señaló anoche esta recámara venga a llamarme? Lo mejor será que me levante. Abriré la ventana, miraré el jardín. Tendré tiempo de arreglarme con cuidado y, si es temprano, recorreré sin ruido la casa. Me decido. A tientas, tropezando con la silla que se interpone siempre, llego a la ventana, doblo las maderas y hago subir el transparente de tela opaca que produce una fuga de erres. La moldura de la ventana enmarca un trozo de jardín. Separo las vidrieras. Entra un aire tibio de sol que me da la hora aproximada: antes de las nueve, después de las ocho.

En los árboles, el follaje parece húmedo. En el prado, brilla el musgo. Desde el balcón domino un ala de la quinta. No es tan grande el parque que no lo pueda recorrer de una sola vez; tendría que descansar en el campo de tenis que desde este segundo piso parece un libro de lujo abandonado en un diván de terciopelo. Pienso en mil cosas de Harvard que doblan mi cabeza sobre el

hombro pero que no me hacen suspirar. Quiero distraerme. Miro el cielo de tela azul restirada, sin adornos.

8 De pronto, una golondrina atraviesa el aire, ciega como una flecha que no sabe dónde queda el blanco.

Pero la golondrina ha vuelto a aparecer. Toca el suelo, va, vuelve y, antes de partir para siempre, firma con una rúbrica antigua, infalsificable. Sonrío.

Advierto que estoy en pijama y que pronto saldrán los criados a sus quehaceres. Vuelvo a la media sombra del cuarto y me asomo al espejo del tocador. Su luz me traiciona un poco, alargándome. Ya nos acostumbraremos los dos a vernos. Repaso con el dorso de la mano, distraído, las mejillas erizadas de pequeñas puntas. Tendré que rasurarme. El agua fría reanima, aleja de las preocupaciones, del lugar. La navaja en la mano, frente al espejo, brota la misma melodía traviesa que acompaña siempre la faena, en-

tre la jabonadura y el resbalar de la gillette por el cuello. Es también el pretexto insensible para recordar a Ruth que la prefería y bailaba con una ligereza increíble al grado que, al acompañarla, cuando ella cerraba los ojos, tenía yo la impresión de que desaparecía y de que, al no sentir su contacto, danzaba solo entre todas las parejas, haciendo el ridículo.

A Ruth la quería cuando escuchaba las promesas que yo le vertía al oído y que ella sabía que olvidaríamos los dos la misma tarde. Al oírme, sus ojos se enternecían fijos en algo que seguramente no miraba. Ahora pienso que esta americana romántica me sustituía entonces en la imaginación por Jack o por Frank, a quien adoraba cuando no estaban a su lado.

9 Escribiré a Ruth y pronto tendré cartas suyas y fotografías que la mostrarán risueña y libre en su jardín, o con los anteojos de cristales sin aumento que se pone al llegar a la Universidad para entrar en carácter.

No la quise. ¿La quiero? Soy tan débil que ahora creeré que la quiero. Sus cartas, trazadas con mano segura, parecen largo tiempo meditadas. Sin embargo, yo sé que las escribe con la facilidad que da una costumbre larga. A pesar de todo, me harán daño. Le escribiré sin darle mi dirección... pero entonces, si palidece, si adelgaza, pensará que palidece, que adelgaza por amor.

Hasta para regresar a la patria es triste partir de un lugar en el que, si todavía no nos sucede algo importante, presentimos que un día u otro sucederá. Así en Harvard. ¡Y quién sabe si lo más hermoso de esa vida era que no llegaba nunca el acontecimiento que se anunciaba todos los días!

Insensiblemente, mientras pienso, he acabado de vestirme. Enciendo un cigarrillo que endulza mis recuerdos con su perfume conocido. En la pieza contigua el reloj suena, imperioso, las nueve.

Los ruidos que escucho en el pasillo me dan confianza. Salgo.

Apoyado en este barandal, miro el cuarto de estudio tapizado de un verde sombrío. Un cortinaje le sale al paso a la luz que salta por la única ventana. La penumbra de esta habitación debe ser deliciosa al mediodía y a la hora de la siesta. Bajo la escalera lentamente, con miedo de encontrar a alguien, con ganas de encontrar a alguien. Al pisar los tapetes blandos, como de musgo, comprendo que va llegando la hora de preparar frases de saludo, cortesías, preguntas, respuestas.

Se alza una cortina e irrumpe, sí, irrumpe, una joven que me abraza de pronto, sin darme tiempo de sacar las manos enguantadas en los bolsillos. Detrás de ella se asoma, tímida, otra joven tan parecida a la primera que pienso si no habrá en el estudio un espejo que corrija a la joven impetuosa su abrazo. No hemos dicho una sola palabra, al pronto.

Las he abrazado con el remordimiento de no sentir mucha emoción. Mi prima más atrevida

quisiera decirme algo, llamarme por mi nombre, pero se ha quedado pensativa y yo adivino que en este momento lo olvida. Mientras esto pienso, oigo una voz lenta y segura que me aviva al oírle decir:

—Qué grande estás, Julio.

Hay tal aplomo en estas palabras que yo comprendo al punto que con esta otra prima tendré que ser formal.

—¡Ah sí, Julio, qué grande estás! —repite la primera joven pensando en voz alta las primeras palabras.

Voy a contestarles algo, a decirles que ellas también han crecido, y que, además, han crecido hermosas; pero la cortina del fondo se ha movido con majestad. Aparece entonces una señora que yo reconozco al instante; avanza con firmeza arrastrando su bata verde seco que yo al principio creo que es la cortina que se ha enredado a su cuerpo y que la hará caer si da un solo paso más. Me tiende la mano

que yo beso, y me expresa su contento con los ojos. Apenas mueve la boca al hablar.

La conversación se ensarta mal. Ya me han hecho algunas preguntas que yo he contestado con otras. Tres veces me han preguntado cuántos años tengo. Tres veces he contestado improvisando la cifra. Ni mi tía ni mi prima impetuosa han advertido que las tres ocasiones he dicho, torpemente, distinto número de años. La prima serena sonrío bondadosa.

¿Aurora? ¿Susana? Para salir de mis dudas atrevo una pregunta, sin mirar fijamente a ninguna, entrecerrando los ojos para advertir el efecto.

—¿Te acuerdas, Aurora, cuando caíste del árbol, en la huerta de la señora Lunn?

Pero las jóvenes, como si se hubieran propuesto burlarme, me han lanzado simultáneamente los dardos de sus preguntas: —¿Dejaste allá una novia?

—¿Te quedarás en México siempre?

Mi tía mueve cuidadosamente la cabeza, compadeciéndome con su sonrisa delgada. Empieza a hablar en una manera de monólogo que sienta bien a su altivez, pero que no incita mi atención. Entre tanto, la observo. El luto de su esposo no lo conserva sino en los cabellos. Se acaricia las manos como para convencerse de que su piel es todavía hermosa, tersa. Mientras habla, lleva la mano a su tocado y me mira para que yo advierta sus cabellos negros, de un negro increíble. Olvida que hace diez años era yo quien la surtía de pintura.

Por fin, en el comedor, salgo definitivamente de la duda. Mi tía ha hecho una recomendación a Susana, llamándola en voz alta. En seguida llamo a Aurora por su nombre cuando ella indica con su grave confianza el sitio que me corresponde en la mesa.

Hay un anticipo del otoño en el tapiz naranja maduro del comedor, que me hace divagar desatendiendo las atenciones de Susana y dejando

sin respuesta las sonrisas interrumpidas de Mme. Girard. Me repongo y hablo interminablemente, satisfaciendo sus cuestionarios, aventurando algunas preguntas que pronto tendré que volver a formular porque no consigo grabar las respuestas.

La luz, dorada afuera, se tamiza suavemente en los cristales y en las cortinas de ligera cretona.

Al levantarnos para salir del comedor, no podría asegurar si he desayunado. En cambio, puedo decir con certidumbre que mi prima Susana, que no ha dejado de verme el rostro un instante, solamente me ha escuchado de vez en cuando; y que Aurora, a quien he sorprendido haciendo saltar los ojos aquí y allá, sobre los frutos de la naturaleza muerta o sobre los dragones del jarrón chino, no ha dejado pasar un instante sin escucharme.

■ ■ ■ ■

Naturalmente, me interesa Susana. Desde el día siguiente al de mi llegada, ha cuidado de ocultar

con polvo las pecas que salpican sus mejillas. Es ligera, traviesa. Entra al salón de fumar y a mi recámara sin anunciarse, como la primavera.

Al oír mi lenguaje impuro, mezclado con frases en inglés, ríe, me imita, pero no me corrige nunca. Me ha dicho que no tiene novio y que el no tenerlo no la entristece.

Finge estar enamorada de todos sus amigos; en esto se parece a Ruth, tan lejana...

Ya me ha pedido que le refiera mis aventuras y mis viajes.

Cuando le dije que no había podido entrar al servicio de Francia durante la guerra, por mi enfermedad del corazón, no se ha mostrado seria; solamente, moviendo su cabecita con viveza, ha puesto su mano en mis rodillas y ha cambiado la conversación.

Lee novelas, poesías.

A su lado dan deseos de hacerle confidencias: pequeños triunfos, pequeños fracasos.

Miente naturalmente, como si no mintiera. Debe de hablar durante el sueño y luego sonreír y llorar.

Escribirá con rapidez, sin ortografía, en párrafos interminables que habrían de estar llenos de punto y coma, si cuidara de la puntuación.

Es tan soñadora que, si la sorprendo con la mirada vaga, pienso que está proyectando aquello que me dirá en sus cartas cuando me ausente.

Me gusta el cobre rojizo de sus cabellos. Me gusta el fleco que invade su frente y que parece, a los lejos, una peineta de dientes separados que hubiera dejado prendida en su cabeza por descuido. La querré siempre.

Aurora, ¿la quiero menos? No, pero la temo. Frente a ella me siento como un impostor. Comprendo que mi conversación le parece ligera y que adivina todo lo que hay en ella de mentira.

Se arregla cuidadosamente.

Es lenta, grave. No entra al salón de fumar, ni menos aún a mi recámara, sin dejar caer un

libro, sin antes toser varias veces, anunciándose, como el invierno.

18 Se interesa por cuanto digo. Si necesito una palabra inglesa para llenar el hueco de mi discurso, siento que me corrige y me reprocha sin palabras.

A su lado dan deseos de contarle algún secreto terrible, con la confianza de que lo guardará siempre.

Lee obras de teatro. Cuando habla, advierte; cuando calla, advierte también. Estoy seguro de que pertenece a la flora punto menos que extinta de mujeres que escriben con lentitud, en párrafos largos, repintando la letra dos o tres veces, cuidando de la ortografía.

Dice la verdad naturalmente, como si no la dijera.

Me gusta el cobre apagado de sus cabellos separados con una gracia serena. Con polvo ocre empalidece su rostro. También la querré siempre. ¿La temeré siempre?

▪ ▪ ▪ ▪

Decididamente me equivoco. Susana no es tan diferente de Aurora. Como en la cabeza de Susana hay una mata de pelo de un color más claro, en la de Aurora se esconden o se muestran bandós de pelo más oscuro. Así Susana en Aurora, así Aurora en Susana.

19

Por momentos puedo confundirlas como ellas confunden sus manos, entrelazándolas; como ellas confunden sus voces cuando cantan frente al piano que Mme. Girard apenas roza, como si en la habitación contigua hubiese algún enfermo a quien el ruido pudiera hacer daño.

¿Por qué mis ojos las diferencian al grado de hacer de ellas heroínas rivales de un novelista cualquiera?

Ahora se sobreponen en mi memoria como dos películas destinadas a formar una sola fotografía. Diversas, parecen estar unidas por un mismo cuerpo, como la dama de corazones de la baraja.

▪ ▪ ▪ ▪

Madame Girard está, como siempre, ausente. Por la expresión de sus ojos, por el buen o mal tino de sus respuestas lanzadas al azar, sabemos si está viviendo una emoción dichosa o un suceso terrible. Inmóvil, viaja en el tiempo abandonándose a la memoria, sin itinerario, confiada en las asociaciones de ideas que le despiertan las cosas, los sonidos, los colores, las horas, los paisajes. Un crepúsculo amarillo la traslada junto a su esposo muerto. Las primeras notas de un andante de Beethoven le recuerdan aquella pasión secreta —que no ignoró ningún contemporáneo— por un falso pianista belga fugitivo con el importe del abono a una serie de conciertos. Una copa de nieve blanca la hace pensar en el tiempo feliz de sus cabellos negros auténticos. Un perfume seco le recuerda su viaje a Delhi. Un grabado de Gainsborough la lleva al baile de máscaras en donde, vestida de la honorable Lady Graham, mereció un elogio de Sargent. Una sola orquídea en un vaso le recuerda el día de su matrimonio;

un ramo de violetas, el día primero de su viudez. El humo de un cigarrillo habano basta para que entrecierre los ojos en una delicia que ya va siendo impropia de su edad. Una tarde de primavera la coloca en 1890. Un mediodía de verano, en 1895. Un atardecer de octubre la lleva a pensar en la última puesta de sol del siglo XIX. Sólo un disco de jazz la hace abrir los ojos y temblar de pies a cabeza despertándola a otro mundo que no es el suyo porque no puede recordar nada.

■ ■ ■ ■

Desde la azotea miramos el jardín de un convento. Por el trazo simétrico de los prados, de las callecillas, de las cuatro glorietas de los ángulos, dan deseos de organizar un juego de parchís. Las monjas se mueven de un modo raro y distinto, como si hubieran olvidado de qué manera camina la gente del mundo. Sus pasos cortos y rápidos, con los pies paralelos, levantan una arenilla roja. Algunas llevan en las manos sus martillos

de críquet. Las que no juegan, mueven graciosamente los hombros y se quedan mancas a cada instante. Luego, sacan de las mangas sus brazos de una blancura notable, y hacen girar rápidamente las borlas de su hábito. Hablan mucho, rápidamente.

Una nube atenta cubre al sol y hace de tragaluz.

Súbitamente las borlas caen y las manos desaparecen. Un toque lejano pone a las monjas en silencio. Con prisa, pero sin perder su gracia maquinal, dejan los martillos sobre la arena y se alinean obedientes, de dos en dos. Se abre una puerta y entran todas como si volaran a ras del suelo, atraídas por una bomba aspirante de sombra.

Me quedo pensativo. Susana, distraída, sonríe algún recuerdo. Aurora calla.

Pienso en el novio de Aurora. Es alto, recio, con una barba cuidada y negra, con una voz lenta hasta desesperar y hecha de largas pausas que aprovecha aspirando fuertemente el aire

como aspiran la bocanada de humo los viejos fumadores. Estoy seguro de que se aman menos de lo que creen. Hay no sé qué de respetuoso en el trato de ella; hay en M. Miroir no sé qué de paternal confianza. Aurora ha de sentir seguridad al lado de un novio tan fuerte, tan solemne. ¿Estará contrariando su corazón? ¿Por qué se me ocurre que M. Miroir la hará su esposa más que por amor por pereza? Al lado de Aurora todos los hombres nos sentimos en la seguridad de que podríamos permanecer así un tiempo más largo que la vida. Pero esto sería demasiado, y no es bastante. Desde que estoy en México este pensamiento arraigado me hiere, me inquieta, quisiera compartirlo con alguien a quien dijera simplemente: “Aurora no ama a su prometido, que se casará con ella sin amarla”. Susana, al oír mi confidencia, se echaría a reír, incrédula. Madame Girard no me oiría, ocupada en contemplar los diez camafeos que le copian sus uñas relucientes. Aurora me oiría

con gravedad, guardándome el secreto, y acaso se creería en el deber de no sentirse aludida.

■ ■ ■ ■

24

Domingo. La mañana se ha levantado muy temprano, sin los ojos llenos de sueño de otros días. Desde la ventana miro a mis primas acompañadas de algunos jóvenes, en el campo de tenis. Se organiza un partido. Ellos se quitan los sacos surcados de gruesas franjas de cebra con el mismo gesto con que el presidiario ha de dejar las ropas de encierro el día de su libertad. Avanzan.

A lo lejos, al principio, se diría que a este juego le hace falta acompañamiento de música. Más tarde los ojos perciben ritmos graciosos, musicales. El acompañamiento sería inútil. Bajo a reunirme con ellos.

Los amigos de mis primas toman seriamente el juego. Hablan poco, sonrían, se van. Pienzan, tal vez, que soy el novio de Susana, que estorban.

Tendidos en el musgo tibio quedamos solos, en silencio.

Susana toma la raqueta y finge usarla a modo de guitarra. La deja de pronto, como si pensara que se equivoca. Se equivoca. Aurora, después de un examen, advierte que hay pequeños insectos en el prado.

25

En el agua del aire se desvanecen las ondas que hicieron, al caer, las palabras. El silencio se rehace como un espejo de agua, y cuando ya me está ahogando al punto de que voy a lanzar un grito cualquiera para romperlo, aparece M. Miroir. A Aurora le sube lentamente al rostro un vivo rubor, como cuando se vierte vino rojo en una copa fina. M. Miroir nos saluda. Alarga la mano a su prometida. Se alejan. M. Miroir se apoya en el brazo de Aurora como en el brazo de una enfermera. Aurora le sonrío con la sonrisa que hace feliz a un convaleciente. Cuando entran a la casa, siento que una nube vela la mitad de este sol de junio. Queda la otra mitad.

No odio al novio de Aurora, no tendría valor para verter un veneno en su copa, ni para apretar el gatillo de mi revólver cuando a dos pasos y sin razón me vuelve la espalda. Sin embargo, ¿impediría que alguien derramara el veneno?... En qué piensas, Julio. Eres tonto, pierdes el tiempo y dejas que tu prima entre a ese baño de soledad y melancolía del que no se sale sino tiritando. No olvides que hoy te han regalado un día espléndido que habrás de partir y gustar como el fruto maduro al punto que no puede dejarse para mañana.

Aurora ha vuelto a aparecer. Ahora es ella quien se reclina en el hombro de M. Miroir del mismo modo que debiera apoyarse en el hombro de un hermano, si lo tuviese. ¿Cómo debiera apoyarse en mi hombro? No, nunca.

Ahora me siento presa de un delirio erizado de preguntas, sin voz: ¿verdad que no me quieres mal, Susana? No cierres los ojos, que puedes encerrar bajo tus párpados toda la luz del par-

que. Porque no me miras, me encuentro solo a tu lado. Y si me miras, te siento tan lejana que cuando escucho tu voz me parece que está verificándose un milagro. ¿Por qué, Susana, te alejas de ti, de mí, de todos? ¿Por qué yo mismo me alejo? ¿Por qué no me abandonas las manos? ¿Por qué yo no te las tomo? Tengo la certidumbre de que me dejarías apoyar mi mano en tu mano; pero la encontrarías de mármol y sentirías lo mismo que el apoyarte en el brocal de un pozo bañado en sombra: nada.

Darí a un año de vida —¿un año? no, porque es mucho; ¿un mes? no—, un día que también es mucho, por oír lo que murmuras de mí durante el sueño. Pero esto es imposible. En cambio, si te lo preguntara, me lo dirías tan claramente que no me atrevo a pedirte.

Siento que una niebla empaña mis ojos. Te miro esfumada y con una aureola de luz sobre la cabeza. Hago esfuerzos por decirte algo pero del mismo modo que durante el sueño de la sies-

ta llega un momento en que precisa despertar a riesgo de congestionarnos si no lo conseguimos y no obstante sentimos la angustia de no encontrar la puerta de la realidad, no puedo decirte nada. Tengo alineadas las palabras: ¿en qué piensas, Susana? o ¿por qué callas? Tengo el tono y la temperatura con que quiero decírtelas, pero al llegar a mi garganta se desordenan y siento miedo de lanzar un grito que te asuste o te haga reír.

Estoy seguro de que si dentro de un instante no dices algo, envejezco. Siento que, ya de pie, pones tu mano en mi hombro. Vuelvo a ser dueño de mí. Podría decir fácilmente muchas cosas. Soy joven otra vez. Pero te has alejado ya.

Aurora, Susana. Me encuentro dando vueltas al mismo asunto, al modo del jugador que hace girar en sus manos la única carta que le queda, indeciso y obligado ineludiblemente a lanzarla. Sólo que mi carta tiene dos figuras. Sólo que mi carta es la “dama de corazones”.

■ ■ ■ ■

Qué delicioso trío de ópera entonamos Susana, Aurora y yo. Sin sentido, en la media tarde que tiñe de ala de mosca el salón, mientras Mme. Girard apoya las yemas de sus dedos en el teclado como si temiera quemarse en cada nota, Aurora, descansando el codo en la caja del piano, y entrecerrando los ojos en una languidez que no siente, se arregla el descote con un ademán mecánico, esperando su turno para cantar.

Susana sigue la melodía a su manera: presintiendo las notas próximas, repitiendo las pasadas, equivocando las presentes, inventando, mejorando. Su voz no difiere del vuelo aturdido de una mariposa. Si no me equivoco, es de soprano su voz y tan contagioso su impulso que, de pronto, me escucho seguirla a medio tono, del mismo modo que cuando el tenor canta detrás de bastidores antes de irrumpir a escena. Aurora deja salir una voz de contralto, redonda y metálica

30 como una moneda. Tiembla la voz delgada de Susana como una vibrante cuerda de violín. Mi voz se asegura y la oigo tan fuera de mí, tan extraña, tan poco mía, que estoy a punto de volver la cabeza a mirar quién está a mi lado. La Louise da bríos a Mme. Girard que afirma las notas de la mano izquierda y suaviza la melodía al grado que Susana y yo tenemos que seguir a Aurora que, si no sabe de memoria la partitura, la calcula con una seguridad milagrosa. A Mme. Girard la música le sirve de espejo y la rejuvenece diez años. Se encuentra feliz. El brillo de sus ojos la delata. Por el juego de sus hombros y de su cabeza comprendo que se estremece frente a quién sabe cuántos recuerdos. Seguramente sueña con la misma música que Susana sigue jugando o aniquila caprichosamente, con la misma música que Aurora despeja hasta la desnudez, como si resolviera una ecuación algebraica.

En las óperas, el tenor está apasionado por la contralto, pero la contralto lo desprecia. En

cambio, la soprano está perdida por el tenor y canta por desesperanza. En *Carmen*, el tenor acaba por ser la víctima de la contralto. En cambio, en el *Fausto*, gracias al bajo, hace suya a la soprano. De cualquier modo la ética del tenor es despreciable: no tiene iniciativa amorosa, lo enamoran y sufren por él la soprano, la media soprano, la contralto, y él se conforma con salir airoso del aria de bravura: “la donna e mobile”. Y su única misión consiste en cantar hasta la hora en que muere sin saber siquiera que muere, confiado en que la soprano quitará el plomo de las balas y el veneno de los capones. El barítono tiene una voz y una moral más dignas. Menos suerte, seguramente. Su esposa o su hija lo engañan con el tenor, pero al menos procura vengarse, aunque no lo consiga. Sin embargo, si ensayo la voz grave del barítono me queda como un traje prestado, embarga mis movimientos y me quita la personalidad. ¡Qué diera por humanizar este trío de ópera! Entonces dejaría como un ropaje

viejo toda la tradición que envuelve de ligereza y de fatuidad al tenor y correría hacia ¿Aurora?, ¿Susana? Otra vez el dilema de la imagen bicápite, de las voces de soprano y contralto que no me atrevo a partir en dos.

Mme. Girard termina la romanza, desfallecida y cansada con la caminata de recuerdos. A Susana le ha sobrado un compás. Sólo la voz de Aurora queda vibrando, perfecta, por el tiempo justo.

■ ■ ■ ■

Susana y yo jugamos a la memoria y a la poesía. Recuerda entrecerrando los párpados, indecisa entre el acierto y el fracaso. De pronto, recita con decisión. Yo no escucho las palabras, sino la música. No me conmueve esa poesía llena de fibras que sacuden el corazón como un muñeco y lo hacen sangrar con un dolor innecesario. De las poesías sólo me quedan, enredadas en la memoria, las metáforas. En cambio, Susana goza

inundándose en una pasión artificial, reconociéndose y amándose en ella como Narciso. Sale ahogándose. Cada desengaño la entristece. Cada olvido la llena de sombra. Estoy seguro de que una sola tarde de recuerdos poéticos bastaría para adelgazarla, para marchitarla. Yo le tomo la mano y la aparto de los recuerdos románticos. Una letrilla de Góngora basta para hacerla sonreír; un villancico, un cantar gallego, para infantilizarla nuevamente; un verso, un solo verso de Racine para darle la impresión fría, pura, griega, de la belleza; una línea de Mallarmé para acariciarla con el roce de algo inmaterial. Sus ojos, al oírme, repiten con su expresión todas las etapas de la poesía. Si tuvieran oportunidad de verla, los estudiantes de literatura ahorrarían el repaso general de fin de año. Sonrío lleno de triunfo melancólico. Susana se encuentra avergonzada de ser frágil, movediza, cambiante, de merecer, en fin, todos los calificativos de la arena. Quisiera demostrarme que fingió todos

esos rostros. Quisiera demostrarme que la única poesía que la conmueve es la romántica. Lo sé perfectamente. ¿Qué otra cosa puede conmover a una mujer como Susana, atenta a todas las cosas y, en consecuencia, distraída? Así la busco. Así la quiero. Capaz de vivir en el dolor de un solo hombre el dolor de la especie; capaz de sentir que acaricia todo el mundo, al frotar una manzana pulida; capaz de sentirse imantada a un llamado religioso o patriótico, como santa Juana; capaz de hacerse añicos al golpe de una frase cualquiera de reproche; capaz también de renacer nueva, distinta, tan sólo para volver a morir al minuto siguiente.

Ya sé cómo me quieres, Susana. Me atrasas el corazón, el traje, el peinado, la voz, para llevarme muy cerca de Lamartine y de Musset. Así me querrías, soberbio, alto, amante, dorado, capaz de vivir novelas frenéticas, capaz de escribir poesías más frenéticas aún. Te equivocas. Yo sufro porque no puedo complacerte. Imagino que

no puedes pensar en mí tan contemporáneo de Xavier Villaurrutia, tan invisible como él, aspirante a diplomático, negligente en el vestir; con un cuerpo inclinado cada día más a desaparecer entre los millones de jóvenes de los Estados Unidos; con mis trajes holgados, con mis camisas blandas, con mis movimientos de cabeza que acompañan el jazz que la victrola dicta invariablemente como un buen actor el día de la centésima representación; con mis cigarrillos mojados en perfume, efímeros, perfectos, en vez de la pipa sabiamente gobernada que te hiciera pensar en el hogar de tu poeta romántico. Piensa, Susana, que no puedo regresar un siglo entero para alcanzarte, que no puedo esperar otro siglo para que tú me alcances. Quiéreme así, frívolo, alegre, con mi concepto de la vida y del arte como un deporte distinguido y nada más. No te sumerjas en ese túnel de agua de los años, que puede al fin ahogarte, aunque bien sé que nadie sabe nadar en ellos mejor que tú. Olvida.

La brisa que viene del bosque de Chapultepec y se ha mecido en los invernaderos de la exposición de flores llega hasta Susana. Las aletas de su nariz se hinchan, entre pequeñas pausas, reconociendo los olores: rosas, mosquetas, lilas, violetas blancas, magnolias.

■ ■ ■ ■

Le alargo, indiferente, la mano izquierda, ignorando que en ella se puede leer. Distraído, cuelgo la mirada en el perchero del rincón. Espero. ¿Por qué su mano hace temblar ligeramente la mía? ¡Qué extraña desnudez siento cuando su mano toca mi mano rayada como una carta geográfica!

Susana mira ávidamente la palma. Se turba. Cierra los ojos. Vuelve a mirar. Más que una carta geográfica, parece el plano ferroviario de una región industrial. Se anudan las líneas, se complican, se interrumpen a trechos como si pasaran, subterráneas, por túneles bajo la epidermis;

se enmarañan como una red de cabellos. No tienen significación. ¿Jeroglíficos? No. Arabescos que juegan con sus ojos, burlándolos. La línea de la vida se interrumpe para continuar segura y honda adelante. ¿Resurrección? La línea del corazón está oculta bajo un enrejado impenetrable. Al fin, abandona mi mano. Interrogo sus resultados. Sonríe con tristeza y amargura. Sonrío con amabilidad y sueño. Aplaudo con mi mano en la suya y suavemente le insinúo que ya es tiempo de dormir. Se despide. Sufre. Al llegar a su habitación se abandonará, como todas las muchachas, decepcionada, en el lecho, apretando los cojines, despeinándose, amplificando su desengaño. Volverá al espejo, corregirá sus cabellos. Mirará sus ojos próximos a deshacerse, lustrosos. Hará dos o tres muecas y sonreirá forzosamente.

Llego a mi cuarto. Me siento en el lecho y levanto la mano izquierda y quiero leer en ella, a mi vez. Imposible. Ahora siento que dejo caer la mano... ¿Cuánto tiempo he estado así, inde-

ciso entre la realidad y el sueño? Mi mano está roja, congestionada. La golpeo hasta empalidecerla. Comprendo que he despertado para caer definitivamente en el sueño.

Súbitamente, viajo. La noche inunda el paisaje que corre tras el cristal de mi ventanilla sin conseguir ocultarlo por completo. El calor me hace arrojar a un lado las mantas de mi lecho de pulman. Una luz azulada me baña hasta la cintura. Los muslos y las piernas desaparecen, anestesiados de sombra.

En el cielo tiembla sin interrupción una estrella de utilería que acompaña todos los trozos de paisaje. Cuando cierro los ojos, la estrella no deja de brillar en el firmamento que la retina regala al cerebro para escenario de sus imágenes. Pasan grupos de árboles que voy reconociendo por su nombre: araucaria, chopo, nogal, cedro, álamo, laurel, y luego una interminable fila de cipreses que me producen el mismo efecto que un cortejo de escribanos en el entierro de un banquero.

Una claridad incierta va humedeciendo las cosas que forman el paisaje. El cristal se llena con pequeñas franjas de un amarillo tenue, con puntos de un rosa ligero, con pinceladas de un dorado débil. Las cosas se adivinan entre la niebla. Necesito entrecerrar los ojos para captar una forma. Inútilmente. Todo se desdibuja en el aire. Un viento fuerte basta para aniquilar todos los colores, para deshacer todos los fantasmas de cosas, para acabar con el cuadro impresionista.

De pronto un nuevo paisaje se detiene, se solidifica, se parte en bonitos trozos geométricos superpuestos, aislados, que no recuerdan nada humano y que producen idéntica sensación agradable que la muda inteligencia de dos personas en un solo momento, frente a un suceso imprevisto, conectadas por un solo brillo de la mirada. En seguida, forman el cuadro siete letras que hacen una palabra: *Picasso*.

■ ■ ■ ■

Estoy en la cubierta de un barco, en la noche. Me siento dichoso de observarme a poca distancia sin que yo mismo lo advierta, como tantas veces lo he deseado. Ahora sé de qué modo camino y cuál es mi estatura con relación a las personas y a las cosas. Oigo el tono de mi voz y la prisa de mis palabras. Avanzo distraído. Ahora, como cuando en una novela saltamos las páginas que empezaban a aburrirnos y encontramos de pronto que el personaje se halla sumergido en una aventura que ignoramos de qué modo y cuándo dio principio, vivo un episodio iluminado por una claridad molesta, detallada como una prueba sin retoque de nuestro retrato. Estoy inclinado, con una cortesía que está a punto de ser ridícula, oyendo hablar en inglés, distintamente, a una sombra de mujer.

En la oscuridad, cubierta ella doblemente con un velo y con la sombra, yo la miro como se mira un pleonasma en la página de un estilista. Comenzamos a charlar amigablemente. La voz

es un poco cascada, pero en el mar son tan engañosas esas percepciones, por el viento y por el ruido de las olas, que no le doy importancia a ese dato musical del mismo modo que no protestamos por la nota falsa que se le escapa al pianista en un concierto de prueba porque no estamos seguros de nuestro oído. En la sombra se distingue apenas, tendido sobre el sillón, un claro zapato pequeño.

Ella conoce México, Guadalajara, Puebla, Querétaro. Dice que Guadalajara “is a nice spot, the most charming in the world”. Habla interminablemente sin necesitar la respiración. Domina el monólogo. Al fin, después de un silencio que equivalió al tiempo que una mujer ocupa en desnudarse para entrar en la cama, queda dormida sobre el sillón. Y yo, adormecido, oscilando entre la vigilia y el sueño... Pobre joven. Va a marearse y es la única simpática de todo el pasaje. Tiene un pie delicado... un pie delicado... delicado...

Y haciendo un nuevo esfuerzo para no caer en el sueño:

42 Al golpe del viento vuela su cabellera como vuelan los deseos en la imaginación, al grado de hacerme pensar, por la sugestión de un cabello claro, en una muchacha hermosa. Me ha dicho cosas amables con palabras que no ha aprendido en los diccionarios. Al cabo, resumía yo mis pensamientos, tengo una compañera de viaje... tiene un pie delicado... delicado...

El día siguiente me despierta con un aire frío que parece haber arrasado la cubierta. Vuelvo a mi camarote. Como Caín en el poema que nadie recuerda que es de Hugo veía en todas partes el ojo de Dios, me asalta el recuerdo de mi amiga de noche. A la hora del desayuno la busco en el comedor, en la cubierta, con el mismo ahínco con que el poeta busca una consonante en “encio”. Pero en el comedor, en la cubierta sólo encuentro las mismas caras familiares como el poeta solo encuentra “confidencio”, “reverencio”, “silencio”.

Llegamos a un puerto. Nueva Orleans. Espío, con la misma atención y la misma indiferencia aparente que los detectives asumen en las novelas de aventuras, los pasillos y las puertas de los camarotes, el palo mayor y las nubes. Aparece para quedarse en Nueva Orleans una vieja horrible, arpía flaca, mitológica, con un juego de arrugas en la cara propio para representar todas las etapas de la vejez; mal vestida y con un pie inmenso... Es ella. La mujer a quien estuve a punto de contarle mis secretos. Sale mareada y parece tener la misma edad de las pirámides de Egipto. Me reconoce, se turba y, sin saludarme, pasa. Yo no tengo valor de hablarle, de sonreírle. Una sonrisa, una palabra, serían bastante para retardarle una nueva arruga, pero yo me siento perseguido por la imagen de un pie delicado descansando en un cojín de sombra, que baila en mi cerebro como en el umbral del sueño de aquella noche.

Ahora, estoy muerto. Descanso. Escucho. En torno mío el silencio es tan puro que un suspiro

lo empañaría. Los recuerdos se me ofrecen detenidos, en relieve, con sus colores de entonces. Yo sigo, inmóvil, el juego de vistas estereoscópicas.

44 Cada minuto se detiene y cae para dejar lugar a otro más próximo. No es difícil morir. Yo había muerto ya, en vida, algunas veces. Todo estriba en no hacer un solo movimiento, en no decir una sola palabra, en fijar los ojos en un punto, cerca, lejos. Sobre todo, en no distraerse en mil cosas. ¿Qué importa la hora que marca la manecilla del reloj? ¿Qué la fecha del calendario? ¿Qué el nombre de la novia de nuestro amigo? ¿Y qué la temperatura que rueda en la calle y tropieza en nuestras ventanas? ¿Qué importa lo que dice Balzac sobre las corbatas, lo que Rimbaud murmura de los hijos de familia, lo que Cocteau piensa del Narciso inundado de sí mismo? ¿Qué importa la última noticia que consigna el diario, y la hora de salida del tren que no tomaremos nunca, y el nombre de esa obra de teatro que se representa con tan buen éxito? ¿Por qué razón

en vida partimos en mil pedazos cada minuto? Así, muerto, lo siento intacto, claro, definitivo, sin un relámpago, sin una penumbra, como si estuviera bañado en el agua de un espejo que fundiera todo lo inútil con su luz. Morir equivale a estar desnudo, sobre un diván de hielo, en un día de calor, con los pensamientos dirigidos a un solo blanco que no gira como el blanco de los tiradores ingenuos que pierden su fortuna en las ferias. Morir es estar incomunicado felizmente de las personas y las cosas, y mirarlas como la lente de la cámara debe mirar, con exactitud y frialdad. Morir no es otra cosa que convertirse en un ojo perfecto que mira sin emocionarse.

45

Ahora me llevan, ¿adónde? Al cementerio. No se han olvidado de cerrar la tapa del ataúd. Ignoran que no estoy dentro de él. Sigo el cortejo. Para mi fortuna, nadie llora. Asisten a mi entierro como si acudieran a su décimo aniversario. Mi amigo Jaime dice con la misma voz conmovida que usa sólo en las grandes medias

horas, rimada con su corbata plastrón, la oración fúnebre. Me conoció menos de lo que yo pensaba. Confiesa que llegó a admirarme, pero yo adivino que no ha escrito el pensamiento siguiente: “a pesar de mi falta de virtudes”. Me quiso más de lo que confesó siempre y un poco menos de lo que ahora confiesa. Recuerda nuestras pláticas sobre literatura, y las frases de novela moderna que jugábamos a inventar con un arte próximo al vicio, con un arte perfecto. Al llegar a este punto, arruga la frente como un recién viudo. Sin duda recuerda que el matrimonio es una larga conversación, frase de Nietzsche que yo volvía al revés diciendo que la conversación es un largo matrimonio. En seguida, se desborda en párrafos abundantes, llenos de metáforas botánicas. Habla de la risa, del llanto, y de todos los elementos que —ahora lo olvidada— hicieron del arte del siglo XIX un arte impuro. De pronto, reacciona. Recuerda que siempre pusimos a Stendhal sobre Balzac y termina con

una frase perfecta por lo breve, ofrecida en movimiento lento como si su inteligencia la hubiese obtenido fotografiándola con la cámara ultrarrápida. Calla. El dolor sustituye, en todos los rostros, las lágrimas con el sudor. Los señores del cortejo sonrían hacia adentro, pensando que han ahorrado, para otra solemnidad, el esfuerzo cinematográfico de producir dos o tres lágrimas.

■ ■ ■ ■

Cartas de los amigos lejanos. Correo sordo, ciego y puntual. Mis manos de prestidigitador hacen surgir de cada cubierta un trozo de las ciudades del mundo. Londres, Sevilla, Nápoles, Brujas, París. Para no ahogar antes de tiempo la sorpresa, he aprendido a dominar la curiosidad, a abrir las cartas sin ver la caligrafía y los sellos rojos de Inglaterra, azules de España y de Francia. Letras serenas, oblicuas, deshechas de Enrique, Eduardo, Carlos, han grabado en mi memoria, desordenados, encima uno del otro, los párrafos más

extensos que he aprendido en toda mi vida... Sevilla se ha adornado tanto con el sol, que los ingleses se hallan sin deseo de volver a Londres. El parque María Luisa cría más claveles de los que necesitan las andaluzas para prenderse en el pelo. Las mulas enjaezadas de las calesas hacen un ruido endemoniado sobre el asfalto de las avenidas. La calle de las sierpes ¡oh milagro! se queda sola de las cinco a las siete de la tarde. Cuatro corridas de toros y un percance a un banderillero. ¿Qué más? Juergas a todas horas en las ventas de Eritaña y de Antequera. La Giralda se empuja sobre la punta de los pies como si quisiera ver algo. El Guadalquivir sigue lamiendo los muelles del barrio de Triana. ¿Qué más? Cantaores, cantaoras y baile flamenco. La España de pandereta ante mis atónitas miradas y mis incrédulos oídos. Seco rumor de castañuelas en las casetas. ¿Y qué más? Sánchez Mejías cabalga su blanco potro andaluz junto a la yegua dorada de la Duquesa de Alba. Los árboles, en vez de

frutos, tienen foquillos eléctricos, maduros entre las hojas. Daría con gusto un año de mi vida por un mes en Brujas. El día de ayer lo pasé almacenando recuerdos para llevarlos conmigo a París. Muy de mañana, hacia las seis, me eché a la calle y fui a oír misa a San Basilio. No es posible resistir la atracción religiosa de una ciudad gótica dentro de otra medieval. Brujas tiene encima un manto de silencio: silencio de campanas y de zuecos sobre las angostas banquetas. Tengo miedo de recorrer una vez más los lugares que visité ayer. No me agradaría encontrar despiertos los canales ni alternar con estos malditos americanos turistas que salen al paso por todas partes con sus medias de golf, y con un librito en las manos. Londres es una gran mancha negra salpicada de luces apagadas. También hay días de claridad, delicados, tibios, de un sol íntimo, amistoso. Frente a mi ventana, vestido de verde, un jardín. Asistí a la muerte de los árboles. Ahora están, como los malos pintores, en Carriere.

Espero que mejorarán con el tiempo. Han llegado a esta playa olas de Nápoles. En las nubes está toda Venecia. En el mar se baña la familia Tiziano. Un empleado aduanal se queja de la primavera. Me saluda desde su avión, Leonardo. Un suspiro, otro suspiro. Atenas.

■ ■ ■ ■

Vivo solo; sin embargo, los nombres de mis amigos lejanos saltan en mi memoria como los anuncios luminosos en el cielo de la ciudad.

Escépticos. Irónicos. La fina trama de sus pensamientos, de sus palabras, de sus silencios, me cubre y me reprocha.

¿Qué delicada isla la del egoísmo para mí, naufrago voluntario! ¿Por qué no traer una mujer conmigo? ¿Por qué no intentar la realidad de una novela o de una película más: la novela o la película del naufragio en la isla desierta, en la que una pareja edifique su propia vida? ¿Por qué no revivir el mito donde la pareja edénica haga

brotar la metáfora del lenguaje como un cohete en la sombra? Daríamos otro nombre a las cosas y a los seres. Yo sería como Adán y como Linneo, y al mismo tiempo el mejor poeta dadaísta. Repetiríamos el pecado original de modo que mereciera el epíteto, sin manzana ni serpiente. Y nos comportaríamos de tal suerte que el Génesis de la Biblia futura fuera pródigo en anécdotas, pensamientos y símbolos increíbles. ¡Qué rostros crearían para nosotros los pintores del tema ideal del paraíso! ¡Qué largos poemas se ilustrarían con nuestras imágenes en falsos hexámetros, en endecasílabos dactílicos, en alejandrinos cortados en dos como fichas de dominó cuando, mañana, los poetas regresen a las formas retóricas, cuando los nombres de Apollinaire y Reverdy no sean más que jeroglíficos de un extraño zodiaco.

Sin embargo, ¿sobreviviríamos en la isla desierta? Yo, como todos los hombres, hice en la niñez, con la imaginación, el viaje y el naufragio y fui el único superviviente. Pero ¡ay! no ten-

go la física de Robinson ni su memoria. Robinson era todo memoria y lo que a mí me resta equivale a este último sorbo de vino que tengo frente a mi sed terrible. Y es más fuerte mi sed. Bebo con fiebre y desesperación, como se gastará la última moneda, como se firmará el testamento en el lecho de muerte, como se dirá adiós en el muelle al amigo que parte en un navío de suicidas.

¿Por qué viviré en un mundo sin pasado, con un presente indeciso, con miedo del vértigo que pudiera sentir al asomarme al futuro como a un precipicio?

¿Qué será de mí, mañana, si ahora no quiero explicarme que vivo de imágenes enlazadas como las ruedas de humo de un cigarrillo; con el oro en polvo que deja el sol de primavera en los prados; con la plata acuñada en las hojas de los álamos para que los poetas que no escriben poesías de certamen se coronen las sienes!

¿Cómo viviré mañana, estando seguro de que si en este momento se me acerca un mendigo

le firmaré un cheque contra un banco donde nunca he tenido depósito, tan sólo para llenarle de alegría un instante; si ahora no quiero pensar que vivo sostenido por los cambios atmosféricos, por las franjas de color de la brisa, por los pequeños pensamientos fugaces, por los retratos de las mujeres que conozco apenas, como cualquier personaje de Jean Giraudoux!

¿Si he pensado siempre en los cuarenta años del mismo modo que en marzo se piensa en la llegada de octubre: aguardando sus tardes amarillas, viciosamente patinadas como falsas joyas antiguas; si he pensado siempre en la vejez como en julio anticipamos las noches de invierno, con las delicias de su chimenea, de su bata forrada de pieles y de la nueva lectura más atenta de las obras de Proust!

■ ■ ■ ■

Cuando la criada, después de mirarme con sus ojos llenos de asombro, me dice secamente: “La

señora amaneció muerta”, como si hubiera recibido un golpe en el cerebro me siento aislado del mundo, incapaz de pensar en nada, en una de esas caídas sin término dentro de un pozo de sombra que, con una mezcla de estremecimiento y de pavor, sufrimos en las noches de pesadilla. Al fin, me apoyo en el respaldo del sillón y pienso que una palabra es bastante para dar valor, en un momento, a la vida. El espejo me echa a la cara mi rostro descompuesto que no puedo menos de palpar y esculpir con las manos como si mañana fuese a dejar de ser mío para siempre. Siento miedo al pensar que la muerte de Madame Girard no me produce mucha pena y que sólo la muerte de otra persona puede darme conciencia de que yo no estoy muerto también.

Me arreglo lentamente, como para dar tiempo a que se vaya la desgracia, del mismo modo que tardamos en acudir al teléfono con la esperanza de que nuestra tardanza haya impacientado al importuno al grado que, cuan-

do llegemos a preguntar “¿quién habla?” ya nadie responda a nuestras palabras hipócritas.

Entro en la alcoba de Madame Girard. Mis primas me miran como a un extraño.

Susana se acerca a explicarme. Aurora la reprocha bajando los párpados como si dijera que la explicación es inútil. Susana comprende y rechaza con un movimiento de cabeza las lágrimas que por un momento volvieron de vidrio sus ojos. Aurora está vestida toda de negro. Nada extrañaría a nadie su luto imprevisto que en ella se vuelve natural como si nos hubiera acostumbrado a él desde hace algunos meses. Susana se ha puesto un collar de cuentas blancas, como si no quisiera creer todavía la realidad de la muerte y el traje negro fuera tan sólo una elegancia de acuerdo con el marfil del collar. Sufren una pena sin transportes. Susana quisiera estar muy lejos para ignorarlo todo. Yo comprendo que está al borde de un gran dolor que no ha sabido de qué modo estallar. Aurora parece haber comprendido en un instante la des-

gracia, y como sabe que Susana va a encontrarse enteramente sola dentro de muy poco tiempo, se prepara a ser la madre, la Madame Girard de su hermana. La veo sonreír con la sonrisa helada que equivale exactamente a un sollozo. Me acerco a ella. Nada le digo. Me lo agradece con su silencio.

Empiezan a llegar las amigas, las vecinas, y los señores enlutados que no pierden una función de ópera o un funeral y que vienen desde hoy a los preparativos como van a revisar los elencos y la lista de los abonados. Las mujeres, uniformadas en el traje, en la voz, en las palabras de duelo, en el pañuelo blanco que va y viene en todas las manos. Susana estalla al fin en llanto entrecortado por la falta de respiración. Más que la muerte misma que parece haberla dejado atónita con la revelación de su secreto, le hacen llorar las visitas y las preguntas. Aurora lo advierte y toma serenamente a su hermana por el brazo y la aparta con delicadeza del grupo de enlutadas. Suben la escalera. Entran a su cuarto.

Estoy seguro de que no saldrán de él en todo el día. Las enlutadas cuchichean, deshacen el grupo, recorren las habitaciones, hacen preparativos, ordenan a los criados y se quedan, en fin, naturalmente, dueños acostumbrados de la situación. Yo no conozco a ninguna de todas esas personas. Estoy seguro de que Aurora y Susana apenas las conocen, pero ni siquiera lo advierten. Una a una las repaso con la mirada. Salgo. En el *hall* encuentro al doctor Batista, el médico de la casa, ocupado en consumir más que en fumar un cigarro enorme. En un instante recuerdo, por la primera vez, en una súbita iluminación de la infancia, el modo extraño que tenía de acariciarme cuando era niño. Me mira de reojo, sin saludarme, reconociéndome. Comprendo que ahora, al verme, recordándolo todo, se asombra de sí mismo.

1° de mayo. Me asustan las calles desiertas. El calor produce un zumbido que acrecienta el silencio y lo hace profundo y solemne. Como

si estuviera en vísperas de un asalto revolucionario y las gentes hubieran emigrado, la ciudad parece deshabitada. Al llegar a la esquina de cada calle, espero inútilmente encontrar un automóvil, un tranvía, un amigo, un desconocido. El ruido de mis pasos me sale al encuentro rechazado por los muros. En la calle de Edison, el grito de un pájaro me hace temblar como si a mi lado oyera una palabra en un idioma olvidado. Esta casa deja ver una recámara deshecha, abandonada, con el hueco frío de la cama en desorden. Aquella otra ha metido a la sala un trozo de la calle en su gran espejo que me obliga a recorrer dos veces el mismo camino. Los canarios, olvidados en los balcones, parecen de piedra mal pintada. Hojas de los árboles, duras, brillantes o tornasoles del polvo que ninguna ráfaga de viento se atreve a limpiar. Cielo sin una nube, esmaltado de azul intenso, que el sol no deja ver sino a trechos. ¡Y este corredor de la calle no lleva a ninguna parte!

Los trabajadores imponen un sello trágico a su día de descanso, como si quisieran demostrar que sin ellos nada sería la ciudad. Vuelvo a pensar en Mme. Girard. Me parece que no ha muerto y que solamente descansa un día para renacer mañana, para darnos la misma lección de cosas que dan los trabajadores a la ciudad. Madame Girard vivió nutriéndose con los recuerdos de sus deseos. Ahora, claramente, comprendo por qué explicaba, sin volver de esa ausencia espiritual, que le daba un aire inocente, cómo una mañana, del mismo modo que otras mujeres amanecen viudas, ella amaneció, sin darse cuenta, casada con M. Girard. Su verdadero noviazgo empezó con la súbita enfermedad de su esposo y se afianzó en su agonía prolongada al grado que el día de la muerte de M. Girard fue para ella el primer día de su matrimonio. Comparo su rostro de dos momentos separados por diez años, como se compara dos retratos de época. Las líneas de la cara conservaban la misma fineza.

60 En cambio, los ojos grandes, color violeta, iban nublándose ya con el sueño a deshora y parecían parpadear solamente de abajo arriba. La nariz, más afilada cada día, obligaba a pensar que un solo movimiento brusco de Madame Girard, durante el sueño, bastaría para despertarla herida en el hombro o en el brazo.

■ ■ ■ ■

Esta calle ancha que parece estar aún más desierta, es la de las agencias de inhumaciones. En fila, esperando, con sus rótulos: “open all night”, “english spoken”, “abierto de noche”, hacen pensar en restaurantes internacionales. Se ofrecen cuatro en la misma acera. Me decido por el color de las fachadas, prefiriendo el morado al negro, el amarillo al morado. Al fin, una fachada azul y blanco corta de un solo golpe mi indecisión. Empujo la puerta de cristales. Entro. En seguida tengo la impresión de que estoy bajo una campana neumática.

61 Me recibe un señor enlutado con un luto de cortejo fúnebre, calvo, pálido, de pocas palabras, que parece empleado expresamente para hacer creer a los clientes que su dolor es comprendido al punto. Hay una desolación inexplicable en su mirada que por un momento me hace dudar si es él o soy yo quien viene a escoger el ataúd. Pasamos gravemente de la oficina a la sala de exposición y me deja, murmurando una cortesía o una condolencia, al cuidado de un joven enlutado con un luto de sala de baile que me indica con un ademán lleno de confianza mi deber de seguirlo para escoger la caja en su compañía. Tiene una solicitud artística más que una solicitud financiera. Me conduce por entre los prismas negros del mismo modo que el mánager guía al aficionado en una exposición de escultura avanzada, dando explicaciones, fijando calidades, aconsejando formas, justificando precios. Los ataúdes han perdido en su cerebro toda significación. Camina entre ellos con mayor confianza que un domador entre sus

62 fieras y con la misma confianza que Daniel en la cueva de los leones. Como si hubiera muerto en el cielo o en el infierno y Dios lo hubiera condenado a la vida eterna, no piensa por más tiempo que uno de esos ataúdes puede ser el suyo. Entabla una conversación indolente, rociada de humorismos y desdenes para con la muerte. Hace pensar, en seguida, en el sepulturero convertido en agente de inhumaciones que Shakespeare pondría en su *Hamlet* si fuera contemporáneo nuestro. Se diría que, para aumentar el número de ventas, el gerente de la negociación le ha encargado de hacer perder a los clientes el miedo a la muerte.

Nuevamente la calle. La calle larga por la soledad que me obliga a no huir de mí mismo y a pensar en mi situación sin aplazarla para mañana, como siempre. Pero no sé por dónde empezar y naufrago en mis ansias de ruidos mecánicos y de voces humanas.

Dentro de unos minutos, a las doce en punto, voy a quedarme enteramente solo, sin mi sombra.

Aurora se acerca lentamente, como una imagen en la pantalla de un sueño. Su mirada penetra las cosas: las juzga, las acepta, las rechaza. En una asamblea de mujeres nadie pensaría en otro candidato. Aurora presidiría sin asombro, sin extrañeza, naturalmente segura de sí misma. Invitarla a presidir no sería distinto de invitarla a respirar.

63 Esta mañana, mi mano se acomoda perfectamente a la suya. Nuestros ojos sonríen a un solo tiempo y nuestros silencios preparan el ambiente para iniciar una de esas conversaciones cercanas, directas, que hacen el vértice de las novelas. Desde que volví a verla, sentí temor de llegar a este momento y quise aplazarlo, como queremos aplazar el dolor y ese vacío, ese punto suspenso, esa falta de gravitación que los hombres llaman felicidad. Ahora no siento ningún miedo. Tranquilamente aguardo su voz firme, irisada y dura como un diamante que rompiera el cristal del aire y grabara en mi memoria sus palabras.

Aurora no necesita, para entrar en materia, hablarme del tiempo que nos envuelve, ni de las rosas perfectas que parecen haber brotado a su derecha para acompañarla, ni de la nube que se ha quedado inmóvil en el cielo, a la izquierda de esta tarde sin brisa. De pronto, me asombra como si se confesara conmigo o, mejor, como si hablara en alta voz a solas. Me ahorra palabras y no advierte el efecto que me producen sus frases. ¿Por qué me aclara todas las penumbras? ¿Por qué se adelanta milagrosamente a responder a todas las preguntas que yo quisiera hacerle?

Se casará pronto, con M. Miroir. Sin amor, porque no ha sentido jamás algo que pueda llamarse de ese modo. Duda en seguida un instante pensando que tal vez el amor es en ella una cosa fría, razonable, que bien pudiera confundirse con la simple estimación. Pero Aurora rechaza este pensamiento como quien aparta un insecto. No puede pensar en una pasión sin escepticismo, sin dibujar una sonrisa. Dice que las pasiones,

por lo mismo que tienen el deber de ser intensas, no pueden ser duraderas. Llegará al matrimonio, que le parece todo lo contrario de un imprevisto poema romántico, sin ninguna turbación amorosa. Me confiesa que procede en la vida trenzando fatalmente las experiencias de todos los días. ¿Vivir la vida? No entiende la práctica de esta frase. Comprende que no hacemos sino vivir nuestras costumbres. Apenas si en el sueño, vertiginosamente, vivimos en intensidad, en solo un instante, lo inesperado, lo trágico, la felicidad, el azar. Para ella, todo lo que no es sueño no es vida. Sonríe y añade que la más perfecta de nuestras costumbres en nada difiere de la muerte. Dormir sin soñar ¿qué otra cosa es sino morir?

Aurora ha tomado una resolución como un viajero perdido y resignado escoge indiferentemente un camino u otro. Ni sus ojos, ni su boca, ni su frente revelan siquiera un instante, en un parpadeo, en una contracción, en una arruga, un temblor indeciso, un sufri-

miento, una duda. Sin embargo, yo siento que hay en ella algo que se apaga sin remedio.

66 Aurora lo siente y comprende que yo lo advierto. Por eso su mano toca la mía poniendo sobre ella el mismo peso que pone una nube sobre una fuente cuando descansa un momento en la superficie del agua, antes de volver a emprender su viaje. Sin embargo, es bastante para hacerme temblar, para contraer mi mano que se apodera, nerviosa, de la suya. Aurora no protesta. Solamente se aleja inmóvil en el pensamiento. Pero hay algo, la mirada o la sonrisa, que me dice que se aleja para pensar en mí en otro lugar, en otra forma. Por un momento, demasiado cerca, aquí, de ella; lejos ella de aquí; cerca de mí, lejos, tocamos ese punto de la felicidad que puede hacernos un daño eléctrico. El silencio es como un espejo cóncavo que deforma nuestros pensamientos. Lo que al fin la despierta, me adormece.

Aurora me tiende la mano que se ofrece a los amigos en la estación, un momento antes de par-

tir en el tren que lleva quién sabe a dónde. Sonríe temblorosa, con la sonrisa que le dictan sus nervios. Se aleja segura de que mañana partiré. Y yo me quedo seguro de partir mañana, para siempre.

67

■ ■ ■ ■

Las siete. Hago mi equipaje con lentitud, procurando arrancarle a cada cosa el placer doloroso de un indicio, aunque sea pequeño, que me ayude a fijar un momento de mi estancia en esta casa. Ahora cada cosa es como una de esas fotografías que conservamos sin querer y que, con el tiempo, al encontrarlas casualmente un día cualquiera, nos asombran porque han adquirido un valor preciso, histórico, que hace daño. Dentro de mí empieza a nacer, hasta hoy, el pasado que no quise, que no pensé siquiera tener jamás. También yo tengo ahora algo que contar a los amigos con las mismas palabras que suenan a mentira, algo que no será la anécdota que más tardaba en inventar que en olvidar.

68 Para mis primas, mi cuarto se quedará tan vacío quizás como el de Madame Girard. Pensarán que me llevo una buena parte conmigo. Tomo el espejo pequeño y lo encierro rápidamente en la maleta con la esperanza de que en otra parte, al verlo otra vez, conserve todavía la última imagen, el trozo de tapiz color de tabaco que ha copiado diariamente, durante tres meses. ¿Por qué siento en los oídos el ruido como de enjambre que precede inmediatamente al sueño? ¿Por qué me encuentro pensando en mi edad exacta? ¿Por qué me detengo a mirar cómo avanza la manecilla de mi reloj, rápida, ciega, incontenible?

■ ■ ■ ■

Llueve. La sombra se adueña en este momento de la ciudad haciendo resaltar las luces encendidas inútilmente en la tarde. El agua barniza el asfalto de las calles llenas de los reflejos de las ventanas iluminadas que han caído de las casas al suelo.

69 A poca distancia, modesta, amarilla, me abre sus arcos la estación de ferrocarril con sus ruidos inconfundibles, con sus salas previas que hablan el verdadero esperanto de todos los países: el silencio, apenas acribillado por el aparato con que perfora los boletos el hombre de la ventanilla. Al silencio de la sala de espera suceden los ruidos del andén que cruzan los pasajeros con ojos muy abiertos que llevan ya, desde ahora, el paisaje del lugar de su destino. Éste lleva el mar de Veracruz en sus ojos; ése, las casas de madera de Laredo; ese otro, las luces sensuales de la noche de Tampico; aquel otro, la línea desolada y monótona de los desiertos de Chihuahua.

Las casas que rodean el patio son trenes detenidos, cansados, paralíticos, a quienes no les queda más tristeza ni más alegría que ver partir a los trenes ágiles, desnudos, de aceitadas coyunturas, de músculos de acero. El tren vibra un momento, eléctricamente, antes de partir. Subo al carro que me corresponde. Examino a

70 los pasajeros. Una señora pálida, con el ansia de llegar impresa en los ojos vivos, reprende a dos niños morenos que se asoman peligrosamente por la ventanilla, imantados por el paisaje. Un hombre recio, alto, cambia totalmente de rostro al dejar su sombrero de fieltro por una gorra de viajero que ha hecho surgir de una maleta de mano. Caras vulgares en las que va descubriéndose el cansancio impregnado del sueño de los viajes, acompasado por el cabeceo indispensable. Cuatro señores americanos hablan de política inglesa. Estoy seguro de que están al borde de una partida de póquer. Cierro los ojos como si con ello la “dama de corazones” desapareciera de todas las barajas del mundo.

■ ■ ■ ■

Susana, Susana. ¿La quiero? No sé, no sé. Los afectos se me confunden siempre. A veces pienso que la quiero como se quiere a un amigo.

71 “Los débiles se quedan siempre. Es preciso saber huir”. ¿Dónde leí esta frase? ¿En qué autor, en qué libro, en qué revista? La veo claramente, impresa en las primeras líneas, a la izquierda de una página. Hace muy poco tiempo que la leí. ¿Dónde? Por más esfuerzos que haga no podré recordarlo ahora, tal vez jamás, pero se acomoda a mi situación como un chorro de agua al cilindro de un vaso, y poco a poco aquieta mis sentimientos como la misma agua se aquieta, y acaba por ser mía, sólo mía, porque ahora soy fuerte y sólo los cobardes se quedan.

El tren, que parece volar para no tener tiempo de arrepentirse, de volverse, me comprende, me ayuda a huir. La máquina se despide de la ciudad con un silbido largo, afilado, que perfora el norte de la noche.

1925-1926

*Dama de corazones*, de Xavier Villaurrutia, se terminó de editar el 13 de febrero de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.



